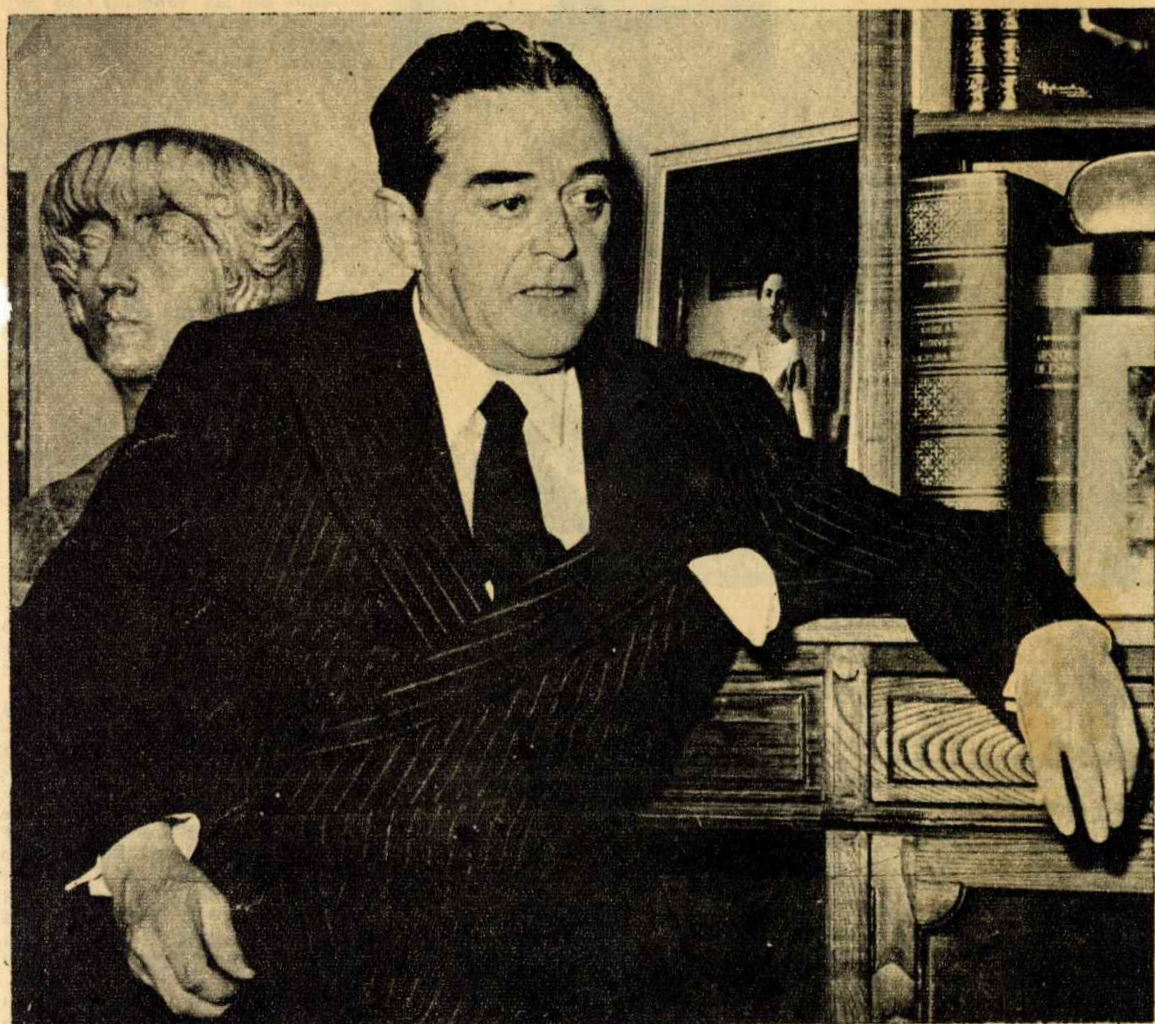


FUE UN CRONISTA FIEL Y APASIONADO DE LA VERDAD DE ESPAÑA



VICTOR DE LA SERNA, DE PROFESION PERIODISTA

Herencia y vocación en una vida de generoso esfuerzo

MUY pocos días antes de su muerte, en una serie de entrevistas en las que contó su vida en el diario "Pueblo", Víctor de la Serna le decía a Marino Gómez Santos:

—Una cosa defendí sobre todas: la felicidad y la paz de mi casa.

Con estas concisas palabras resumía su lucha. Con estas sencillas palabras descubría el norte cordial que orientó siempre sus pasos. Y con ellas, sin presunción, porque al pronunciarlas no pretendía definirse, afirmaba la condición humana más decisiva y el perfil más acusado de su carácter: su firme sentido familiar, su hondo amor a la estirpe.

La noble inclinación de su temperamento que le hace sentir tan vivamente, durante toda

la vida, el atractivo entrañable del parentesco, la fuerza de la sangre que le mantiene en servicio permanente al apellido y le empuja a cuidar con fidelidad nunca desmentida de los suyos, debieron afirmarse en él desde muy temprana edad, porque siendo aún un niño, a los doce años ya, por ausencia de su padre se encuentra convertido, junto a su madre, Concha Espina, en "el hombre de la casa". Y aprendió así, sin disimulos, sin paliativos, la lección tremenda de la lucha digna por la vida, de la responsabilidad familiar, a lo largo de unos años en los que fué, todo en una pieza, el hijo, el compañero y el secretario de su madre. Y se mantuvo siempre tan ligado a ella que cuando murió, en mayo de 1955, agradeciéndome, en una carta emo-

cionada, un reportaje sobre doña Concha aparecido en EL ESPAÑOL, me hablaba de "esta familia tan atribulada en la que los sesentones se sienten huérfanos".

Su vocación familiar le anima a casarse muy joven, a los veinticuatro o veinticinco años, con María Gutiérrez-Répide, de ilustre familia montañesa como él. Y como él, nacida fuera de España. Víctor nació en Valparaíso, el mes de enero de 1896; María nació en Manila. Los dos cumplieron, antes de encontrarse, el viaje de retorno a la Patria y se casan en Santander.

El buen hijo es buen padre. Y Víctor y María tienen nueve: Víctor, Alfonso, José Luis, María Teresa, Jesús, María del Pilar, Manuel, Jaime y María Luisa. Cualquiera de ellos, y todos jun-



Victor de la Serna en el frente de Teruel, en el año 1938

tos, la mayor alegría, la satisfacción más grande. Y luego, la satisfacción y la alegría de los nietos, que ya suman veintitres.

Con todos, con su mujer, con las mujeres de los hijos casados, con los maridos de las hijas, ahora que la familia estaba reunida porque Alfonso tiene su destino diplomático en Madrid y el hijo mayor trae a los suyos a pasar aquí las fiestas de Navidad—, quería hacerse una fotografía Víctor de la Serna. Y repetía, en sus últimos días, ilusionado, su proyecto: “Vamos a hacernos una buena foto todos juntos. Hay que avisar a Kaulak.”

Una foto que hubiera sido el documento más expresivo, más definitivo, de este dominante rasgo suyo, de su humanidad patriarcal, aunque la palabra evocara una vez que él, por desgracia, no alcanzó. Pero una foto que ya no se hará nunca.

PERIODISTA.— EL JUEGO DEL MAH-JONG

Con su abuelo materno, asturiano, vive siendo muy niño en la cuenca del Caudal, cerca de Ujo. Paisaje minero, en el que sus ojos se inician en esa particularísima aptitud suya para el análisis y la descripción atinadísima de la naturaleza, con la que va a lograr páginas literarias de antología, crónicas únicas en el periodismo español. Y es su abuelo—que el signo de la familia apunta por cualquier costado de su biografía, como causa o como efecto— quien le inicia en la afición a la caza, para que, andando el tiempo, sea por derecho propio, porque le viene de casta, Guarda Mayor honorario del Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza.

“Me falta cobrar—contaba en “Pueblo”— un lince, un lobo y un oso para tener toda la fauna de caza mayor de España.”

Empezó los estudios de Ingeniería en el I. C. A. I. No era ésta la ruta que le iba a conducir al puerto de su destino. Y cambió, enderezó el rumbo: se licenció en Filosofía y Letras. Ingresó en la Escuela Superior del Magisterio y ganó las oposiciones de Inspectores de Enseñanza Primaria en 1920.

Ya puede dedicarse, con más tranquilidad, a lo suyo, a lo que es, por herencia y por vocación, su verdadera carrera: escribir.

Desde entonces, Víctor de la Serna no vive más que para el periodismo, para escribir periódicos, para dirigir periódicos, para crear periódicos. Las etapas se empalman sin baches considerables: de los primeros tiempos en que firma “Juan Pérez” en “La Atalaya”, de Santander, a los tiempos últimos en los que alterna su nombre con el pseudónimo de “Diego Plata” en las páginas de “ABC”. En las que muere, al morir él, su firma y en las que se publicó la noticia de su primer premio literario.

Toda su obra dedicada al artículo periodístico, a un género literario, cuando tiene altura y los suyos la tenían siempre, difícilísimo. Y amasado con tan humilde ánimo y tanto amor al oficio que se cuida como si fuese destinado a la eternidad al tiempo que se sabe nacido para la actualidad de unas horas.

Libros; Dos hechos con recopilaciones de sus artículos. El primero “Doce viñetas”, que recoge trabajos de ambiente montañés y de cuya edición se encarga un grupo de amigos. El segundo: “El nuevo viaje de España. La ruta de los foramontanos”, con sus artículos de “ABC”, que eran —¡supremo triunfo profesional!— el original esperado, el texto primero que buscaban los lectores al abrir el periódico.

Y otro libro que casi nadie conoce: “Juego del Mah-Jong”,

publicado en 1926 con la firma “El Tagle”. Libro escrito al calor del ambiente de la familia de su mujer, que mantenía un intenso comercio de artículos finos con Filipinas, con el Lejano Oriente de las especias, las sedas, los marfiles, las lacas, las maderas exóticas y los juegos difíciles, como el “mah-Jong”.

LA BATALLA EN MADRID.—LOS CIENTO MIL EJEMPLARES DE “INFORMACIONES”.— LA LEALTAD

De Santander vuelve —en su particular ruta de foramontano en su emigración personalísima— a Madrid. La fe de su mujer, para que tampoco aquí se quiebre la constante de la unión familiar, le decide: “Victor, tienes que dar la batalla en Madrid.”

Y en Madrid la da. En los periódicos más importantes: “El Sol”, “La Voz”, “El Imparcial”, “La Epoca”. Y va ganando, en buena lid, posiciones. Y alcanza, en 1936, la dirección de “Informaciones”.

“Informaciones”, una vez terminada la guerra de Liberación, es su gran triunfo, su plena consagración. Llega a vender 100.000 ejemplares, tirada desconocida hasta entonces en los periódicos españoles de la tarde.

¿Cuál es el secreto de este triunfo? ¿Puede explicarse, como podría tratar de hacerlo un malicioso, sólo porque las noticias de la segunda guerra mundial atraen a un número extraordinario de lectores? No. Por esta razón igual podría venderse un periódico que otro. Y es precisamente “Informaciones” el que mantiene en cola ante los puestos de venta al público. Su secreto lo ha explicado así otro gran director, Emilio Romero:

“He aprendido muy bien su lección de que el director debe estar en el periódico desde el instante en que no ha nacido todavía la noticia en las redacciones—porque la noticia o la circunstancia social informativa empieza a llegar por los canales previstos y por los imprevistos—hasta después de muerto, cuando ya la curiosidad de los lectores ha quedado satisfecha y uno se entretiene, en su inextinguible soledad crítica, con melancolía y con rigor, en revisar su conducta, a notar con decepción el brio que le falta, a reconocer con humildad la cifra del tono y a arrepentirse del pequeño descuido.”

Es, en suma, el eterno secreto del triunfo de los hombres: la alianza dorada del talento y el trabajo, de la inspiración y el esfuerzo. Del buscar, para la tripulación que navega en todo periódico, a los buenos, y del hacer con afición, con deseo sincero de lograr cada día un gran periódico.

En “Informaciones” reunió Víctor de la Serna una redacción muy buena en la que no faltaban buenas plumas de su apellido. Y en “Informaciones” adoptó un nuevo nombre de guerra: “Unus”. En “Informaciones” trabajaba de nueve de la mañana a nueve de la noche.



En el «Tiro de don Víctor», en la Reserva de Saja, con los señores de Foxá y A. Fernando Silvo

Comía allí, entre galeradas, llamadas telefónicas y artículos escritos a mano, que nunca le gustó la máquina. «A máquina sólo escribía lo que no le gustaba», me dice su hijo Jesús.

CRONISTA DE ESPAÑA

Al marcharse de «Informaciones»—donde se ha dejado media vida, donde realiza un esfuerzo en el que quizá esté el origen de su enfermedad, de su prematuro final—se trae a Madrid un periódico de Málaga, «La Tarde», para que lo dirija Víctor de la Serna. Económicamente, la empresa no se logra. «La Tarde» muere. Y Víctor otro sumando más a la cuenta de su signo familiar—recibe de su mujer las joyas que sir-

ven para liquidar una deuda de dos millones de pesetas, cuyo pago podría haber eludido por vía judicial.

«Tú no hagas ni digas cosa alguna teniendo a la fortuna por contraria», aconseja Gracián a su héroe. Pero es muy posible que la fortuna contraria de «La Tarde» haya sido, a fin de cuentas, fortuna favorable para el periodismo español. Porque, en otro caso, ¿se hubiesen escrito los artículos de Víctor de la Serna en «A B C» como corresponsal en España, y los artículos de «Diego Plata», el que siempre se despedía del director con un llano y castizo «A mandar», aprendido de un pobre bandido en un camino de Toledo, allá en los años en los que Víctor acababa de ganar las ope-

siciones de inspector de Enseñanza Primaria?

Y estos artículos le convierten en primer cronista de España y le ganan un Premio nacional de Literatura, y en ellos encontramos los periodistas de a pie la enseñanza difícil de la sencillez en la forma, de la facilidad narrativa, de la lírica viril, de la elegancia y la dignidad de la prosa que deseáramos que fuese la muestra de cada día.

Ninguno ha conocido como él las evidencias y los secretos, el pasado y el presente de la ancha y variadísima geografía de España. Ninguno ha sido capaz de contarla en las páginas de un periódico con tanta segura llaneza, con tanta encendida in-



Jugando a los bolos montañeses, en Madrid